

DIALOGO CON ISAAC OCHOTERENA

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

Los jóvenes universitarios de México que ven un porvenir en las Ciencias Biológicas, deben pensar con mente pura, porque los que con ellas quieran especular están equivocados. Pero se necesita que sean ellos dignos de sus maestros y que éstos tengan como patriótico el deber de dejar aunque sea un discípulo, que mantenga con lealtad la tradición de la cultura.

La Biología es la suprema interpretación de la vida y tiene razón quien haya dicho que los biólogos deberían escribir la Historia, porque ésta se halla invadida no sólo de formas estéticas, sino de estructuras que tienen su raíz muy honda en la realidad de la vida.

En México la tradición de los estudios biológicos tiene que reconocer, tarde o temprano, que ha habido una sucesión de maestros que, comenzando en Mociño, Cervantes y Patoni, continúa en Villada, Rovirosa, Bustamante y Septién, para llegar a Carlos C. Hoffmann, uno de los entomólogos más ilustres de nuestro tiempo.

El Instituto de Biología de la Universidad Nacional de México, sigue trabajando con gran fruto, siempre al habla con las mejores instituciones de su clase en el mundo y adentrándose cada vez más en los fenómenos mexicanos.

En mi conversación—más bien una fiesta—con el maestro don Isaac Ochoterena, he podido reducir a cuatro las principales afirmaciones que me hiciera, en la quietud fascinante de su laboratorio, mientras en la luz mágica del día, resaltaban en tal ambiente decoroso dos númenes propicios, Lamarck, con su ceguera en bronce, y Ramón y Cajal, según lo trasuntara Dublán en un minuto de alegría social.

En atmósfera tan apacible, el maestro Ochoterena suspende sus labores—que aún en domingo trabaja—para confiarme sus últimos proyectos.

—Aquí me tiene usted preparando mi "Histología", que representa quizá la labor de toda mi vida. La labor de estos veintitantos últimos años. Y quiero ilustrarlo todo, personalmente, porque pretendo que sea una obra personal. ¿No le parece que es lamentable que los libros que se producen sean una copia de otros? ¿Para qué hacerlos entonces, si ya están hechos? ¡Mire usted qué cosas tan hermosas tengo aquí, cosas preciosas, todo el material necesario!

—¡Qué maravilloso archivo!

—Todo, todo... ya ve usted... todo, todo. De lo que ya he publicado, dispongo como de doscientas traducciones. Mire usted esta fotografía de músculo, qué perfecta, qué cosa tan bella...

—Noto que usted también ha aprendido fotografía.

—Me es muy necesaria, porque para esas cosas puede haber un fotógrafo muy hábil, pero que es incapaz de trabajar en asuntos científicos. Es como el dibujante: por bueno que sea no puede hacer una preparación con cuidado, pues se necesita comprender para dónde van, para dónde vienen las fibras.

El maestro se levanta para mostrarme unas láminas que acaba de alistar. Yo atisbo, con curiosidad irrefrenable. El, complaciente, abre un cartapacio, busca en la montaña maravillosa de sus papeles el dato que me quiere enseñar, el vidrio en que ha atrapado una nueva emoción.

—Muy bien, muy bien. Lo último que he visto de usted es la “Biología” que le ha editado la Universidad. Ha quedado de primera.

—Es la cuarta edición. Pero cada vez es un libro nuevo, porque sigo trabajando todos los detalles y dando a conocer las experiencias que se adquieren año tras año. Y para eso hay que hacer modificaciones, porque de cada tema se lleva un registro, de modo que se siga su desarrollo con las observaciones que se han hecho y lo que falta de completar. Esta edición salió muy simpática, muy bien ilustrada.

—Muy bien, admirable...

—Yo espero que mi “Histología” quede muy bien. Mis últimos 20 años, buscando la explicación de la vida en la estructura...

—¿Y para cuándo sale?

—Quizá en los primeros meses de este año.

—¿Y qué otros libros de Histología hay en América Latina?

—En México no hay algo publicado, que sea sintético. Hay publicaciones aisladas. Lo que aquí se publica es de índole patológica. Hay quienes pueden hacer el estudio de un tumor, pero esto a mí no me preocupa.

—Y, además, usted siempre tiene afanes estéticos. En la Biología usted encuentra el mundo límite de las formas.

—La Biología es así. Sin embargo, hay personas que no gozan con la contemplación de las maravillas de la vida. Es estupenda la finura de algunas formas. Hay veces que se encanta uno ante el microscopio, viendo tanta muchedumbre de bellezas, admirando las delicadas texturas de las cosas.

—Pero usted ni los domingos descansa...

—Y me sucede que algunos domingos, aunque no tenga urgencia de hacerlo, me es muy agradable ponerme a dibujar a color alguna preparación histológica.

—Es lo que también hace nuestro amigo el Dr. Perrín.

—¿Y los dibujos de Cajal?

—Cajal dibujaba de una manera maravillosa, exquisita. Mire usted: ésto es maravilloso.

Y vuelve el maestro a levantarse para demostrármelo. El trató a Cajal durante su última visita a Madrid.

—¡Para que vea usted qué dibujos! ¡Como que sabía dibujar consumadamente! Mire usted esta ilustración de uno de sus libros, su “Histología”. ¡Qué gusto tan supremo! Mire usted estas flores, y todo con una exactitud tan diáfana, que si lo ponemos al microscopio nos daremos mejor cuenta. Cajal fue una gloria completa.

—Cuando Pío y Hortega estuvo aquí, me enseñó también algunos de sus dibujos. Perrín me presentó a él y antes ya me había enseñado varios de esos apuntes.

—No hay histólogo que no dibuje. Y algunos manejan el pincel con mucha elegancia. Algunos van más allá de la Histología y, en fin... otros nos quedamos en ella, pero encantados.

Yo inquiero al ver frente a mí un par de ceibros en su cárcel de cristales.

—¿Y ésto cómo va? Usted me enseñó una vez unos cortes, que me dejaron frío.

—Ahora nos hemos impuesto la tarea de manejar sistemáticamente el cerebro del mexicano, las características raciales; pero todo visto con hondura, estudiando primero la textura histológica, después la disposición de las fases que lo ligan, la disposición de las fibras, para poder tener la idea cabal del conjunto. Los estudios de Cajal tienen un rendimiento maravilloso. ¿Usted ha visto alguna de las preparaciones de Neurología que hizo Cajal? Le voy a enseñar algunas. Son preciosas, sinceramente... Mire usted ésta... esta otra...

—¿Y cómo las cataloga usted para poder encontrar una entre tantas?

—¡Pues ya usted lo ve! Por supuesto que no está muy bien hecho; pero las tengo seriadas. Mire usted ésta: es una pieza con cortes sucesivos, que abarca desde el principio hasta el fin, y

como los cortes miden micras, hay que examinar a veces 600 ó 700 ó 1,000 cortes; en fin, una cantidad enorme.

El maestro me invita a que le acompañe al microscopio, mientras ubica una de las preparaciones; y luego exclama:

—Tenía razón el sabio que dijo que la busca de la verdad es algo hermoso. Antes las preparaciones eran confusas, de modo que antes había que adivinar y ahora se puede ver con exactitud asombrosa. Mire usted...

—¡Qué claridad! Lo veo todo muy bien.

—Mire usted una fibra tras otra. Esto es precioso.

—¿Y las tonalidades de ese fondo?

—Ese fondo amarillento es debido a las preparaciones con sales de plata. Otras resultan un poco violadas, porque se preparan con cloruro de oro.

—Parecen colores imposibles. ¿Y la acción de la luz eléctrica no las deteriora con el tiempo?

—No, porque se fijan con hiposulfito. Por supuesto que después se lavan. Cada preparación está cubierta con una laminita de cristal. Eso no es eterno, pero dura lo suficiente.

Yo insisto en seguir preguntando por sus investigaciones en el área del cerebro. Y Ochoterena me dice:

—Desgraciadamente perdí algún tiempo, porque me puse a estudiar la parálisis general progresiva y la estudié con mucho empeño. Un amigo mío, el doctor Salazar Viniegra, me hizo el favor de traermé cierta cantidad de cerebros, cuando menos 20, que pude estudiar; pero me desvié de lo que era capital para mí, las estructuras normales, porque lo patológico no es más que la exageración, si bien puede servir para expresar y entender mejor lo normal. Por allí tengo una memoria sobre la parálisis general progresiva, que he vacilado en publicarla, porque me desviaría un poco más. Comencé a escribirla y tengo como unas 400 páginas ya escritas; pero la he dejado por la paz, porque... ¡hay tanto publicado sobre ello! En realidad, la cuestión patológica no me interesa tanto.

—¿Y sus estudios sobre el sistema nervioso?

—También en mis últimos veinte años les he dedicado mucho de mi tiempo. Pero mis labores en el Instituto de Biología no me han permitido abandonar la Botánica. En el último número de nuestros "Anales", que siempre tengo el gusto de enviarle, va a salir dentro de unos días, un trabajo mío, que espero será mi despedida de los estudios de Botánica. Y no he querido hacerlo sin antes intentar una síntesis sobre la vegetación de México. Otros de mis discípulos pueden seguir haciéndolo. Yo estoy orientado hacia otros rumbos y no porque me haya dejado de gustar la Botánica, sino porque la vida es corta y hay que concretar los trabajos. Yo ya no puedo... Necesito consagrarme a ordenar todo eso que usted ve, porque es necesario que salga mi "Histología", para después dar conclusión a mi "Histología comparada del sistema nervioso". Tengo unos documentos formidables, y sería lástima... me daría mucha pena, morirme sin terminar mi obra.

—Pero está usted pensando en algo tan distante; usted está en la plenitud de su vida.

—Esa obra me preocupa mucho. No crea usted, sufro al pensar que no pudiera terminarla después de haber acumulado y ordenado tanto, tan escrupulosamente.

—Es decir, que el segundo libro que prepara...

—Sí, lo estoy preparando basándome, sobre todo, en lo que he visto en los animales mexicanos, de modo fundamental. Todo se refiere a México, es claro, pues no quiero referirme a lo que no he visto.

—Siempre se ha preocupado usted por estas cosas, dando preferencia a México. Me han interesado mucho las investigaciones que en el Instituto se hacen sobre el pulque, sobre el frijol.

—El Instituto trabaja muy bien. Está formado por gente buena, por gente sana, por jóvenes de elevadas miras, que trabajan con empeño. Tienen obligación de trabajar solamente cuatro horas al día, y, sin embargo, se lo pasan todo en el Instituto, sin que tengan el deber de estar allí tanto tiempo. El Instituto no es una oficina, nada tiene que ver con la burocracia. Y es que esos jóvenes tienen ilusión.

Me habla con especial cariño de su gran colaborador el doctor Carlos C. Hoffmann. Y lo hace con un respeto singular.

—Hoffmann es el más grande de los que trabajan en el Instituto.

—¿Y siempre con sus preocupaciones de entomólogo?

—Siempre. Y a diferencia de otros extranjeros, hace labor por su cuenta y riesgo y ha formado discípulos. Hoffmann es muy respetable, no como otros que se van a Europa y siempre viven viajando. La vida es breve y se necesita que otros sigan la labor que unos emprenden. Sería una lástima que un trabajo hecho con tantas privaciones, se quedara sin terminar.

—Me constan las dificultades con que ustedes comenzaron en el Instituto de Biología. Hasta penurias.

—Y ya ve, algo se ha hecho. El prestigio que han alcanzado sus "Anales" es magnífico, extraordinario, pues recibimos cuatrocientas y tantas publicaciones de todo el mundo. Nuestros artículos son traducidos y publicados en diferentes idiomas.

—Tienen ustedes un herbario riquísimo.

—Cerca de 44,000 especies. Nunca ha estado mejor el herbario que hoy. Usted vió los primeros herbarios que formamos. Ahora tenemos, además, el herbario histórico que abarca desde don Vicente Cervantes, a quien envió Carlos III a enseñar aquí la Botánica. Después seguimos con todo lo que hemos podido obtener, con lo realizado por Villada, Patoni, Rovirosa, Bustamante. Todas esas especies se guardan como un tesoro.

—Es lástima que algunos de esos trabajos originales no se hayan publicado aún.

—No hemos tenido con qué. Entre las cosas caras que tiene el herbario, aparece aquel sabio que trajo Maximiliano. Era un monje exclaustrado, Billimeck, pues Maximiliano era hombre culto.

—Un apasionado diletante.

—Que gastó su dinero alguna vez, patrocinando la publicación de una obra sobre las arasias del Brasil. Las arasias forman una familia de plantas, con adornos florales muy vistosos. En la Academia Alzate están sus láminas iluminadas a mano. Realmente, Maximiliano tenía preocupaciones elevadas, cuando se apasionaba por la ciencia. Desde el punto de vista político, claro que no es muy digno de simpatía; pero no puede negarse que tenía amor a la cultura.

—¿Y lo que hizo Mociño?

—Lo vi en el Jardín Botánico de Madrid. Tan bien cuidado está, como si lo tuviéramos en el Instituto de Biología. Me ofrecieron que de todo lo duplicado me mandarían una colección para el Instituto; pero vino esta guerra y ya nada mandaron.

—Yo leí en un periódico americano que el doctor Paul Standley va a hacer un trabajo aprovechando esos materiales.

—Entiendo que le mandaron materiales a Standley. Era un formidable trabajador Mociño y tuvo la desgracia de haber sido nombrado director del Jardín Botánico en la época de José Bonaparte, de modo que salió con la retaguardia del ejército francés y ya no pudo llevar sus libros y los tuvo que dejar en Ginebra y les dijo: "Os confío el cuidado de mi gloria". Y cuando Mociño regresó a España, ya anciano, pidió que le regresaran sus cosas y entonces De Candolle convocó a la sociedad más culta de Ginebra, acudiendo multitud de sabios, gentes de estudio, pintores, y copiaron las plantas de Mociño. En el Instituto tenemos una colección de esas calcas.

—¡Un verdadero tesoro!

—Por supuesto, un tesoro. Lo que me parece cosa extraña es que se pretende improvisar establecimientos científicos; porque éstos no se improvisan, sino que necesitan tener arraigo. Los hombres de ciencia no se improvisan. No basta una vida.

—¿Y usted cree que la juventud mexicana ve realmente un porvenir en las ciencias biológicas?

—El porvenir lo tienen quienes vean el asunto desde un punto de vista elevado, porque los que quieran especular, esos no podrán. Se necesita formar una "élite", una crema de gente que dedique su vida a esos estudios; pero, eso... hace falta en México. Necesitamos químicos; pero no de los que hacen análisis de orina, de sangre, pues de esos hay muchos, en cualquier botica se encontrará su anuncio. Ahora me acuerdo de Castañares, un talento claro, y lástima que no le alcanzó la vida para nada, porque murió muy joven. Era muy simpático, honesto, dedicado.

—Hay muchos talentos jóvenes que se frustran. Y muchos de los maestros que mueren en el momento de la madurez, cuando se esperaba mayores rendimientos.

—Ya ve usted el caso de Ricardo Castro.

—Y en estos días Mariano Silva, Genaro Estrada, y no hace mucho Pablo González Casanova.

—Todos ellos estaban en el momento de producir. Sus ausencias han sido tragedias para la Universidad.

—Pero otros, en cambio, aunque pocos...

—Es el caso de Hoffmann. Al contrario de lo que ha pasado con otros extranjeros en México, que nunca nos han dado algo sistemáticamente, Hoffmann es uno de los que ha hecho profunda huella. Otros han venido regiamente pagados, con oportunidad para hacer una obra amplia, perdurable. Ahí tiene usted, por ejemplo, aquellos geólogos que vinieron en la época de Aguilar y que estuvieron haciendo obra muy buena, pero no dejaron un solo discípulo. ¿No le parece que es un deber patriótico dejar discípulos?

—Estamos de acuerdo. Hay que preparar, orientar, dejar una tradición. No nos han faltado personas capaces. Un Lucas Alamán, más bien conocido como historiador, a pesar de que fué un botánico distinguido; un Melchor Ocampo, a quien muchos sólo le conocen como político, siendo que fue un botánico de primera, un grande, un ilustre botánico. Y aquel don Carlos Patoni, de quien yo, humildemente, puedo reclamar el honor de haber sido su discípulo.

—¿Qué era del general Patoni? El apellido es italiano.

—El que fundó aquí la familia Patoni vino con Humboldt y don Carlos resulta ser nieto suyo. Don Carlos era el hombre más ilustre que he conocido; una cultura vastísima, una memoria insigne. En Durango han sido muy ingratos con él; no le han dedicado ni siquiera un recuerdo, y es que pasan siempre ocupados con sus generales.

—Pues créame que yo también ignoraba la personalidad del señor Patoni.

—Sí, era un hombre que en cualquier parte del mundo se hubieran sentido orgullosos de tenerle; y que se formó solo, como la mayoría de los verdaderos estudiosos. Pero hay que hacer notar dos clases de individuos: el gregario, que si no tiene talento fracasa; y el otro, el que da todo lo mejor de sí. Ciertamente don Carlos estuvo en los Estados Unidos; pero ese viaje no fue fundamental en él; lo fundamental fue su gran talento, su preparación seria, y, sobre todo, su gran talento.

—¿Y usted dónde lo conoció y cómo?

—Yo viví muchos años en Durango y con él expedicioné mucho por aquellas comarcas. Juntos recorrimos toda la Sierra de Durango. Fue allá en donde hice mis trabajos más serios. El señor Patoni y yo publicamos un periódico que llevaba un nombre rimbombante: "Alianza Científica Universal".

—¿Y por qué ese nombre tan comprometedor?

—Porque un francés, Leon de Rosny, tuvo la idea de que se estableciera una especie de alianza científica en la que figurasen todos los países. Esos pensamientos, que, a veces, tienen los franceses. En aquella época yo tenía mucho entusiasmo por esas cosas y creo que todavía lo tengo, si no tan vivo como entonces; y, sin más ni más, fundamos ese boletín del cual salieron tres tomos. Se lo voy a enseñar.

—En provincia trabajan con ejemplar dedicación y honestidad encantadora, los que se ponen en serio a trabajar.

—En nuestro boletín había colaboraciones eminentes, que en la capital todavía son desconocidas. Tiene usted el mejor entre todos ellos, Patoni, mi maestro Patoni. En aquella época yo tenía ganas formidables de estudiar y nada se me hacía difícil, ni pesado, ni mucho menos. Para mí era todo eso deleite y sigo creyendo que, sin eso, la vida no me habría sido posible. Junté a personas de edad, como don Manuel Rangel, un sabio geólogo, mineralogista; y don Federico Damm. Y entonces conocí a Hoffmann.

—No sabía que Hoffmann había andado por allá.

—Hoffmann vino a un Congreso de Americanistas y leyó un trabajo sobre las mariposas. Desde entonces hemos sido excelentes amigos. Y vaya que ya ha corrido tiempo.

—Pues yo creía que Hoffmann tendría unos 10 ó 15 años en el país.

—No, señor, Hoffmann tiene más de 40 años en México y aquí ha formado su familia, y se casó con una mexicana.

—¿Y cómo han seguido los trabajos de Hoffmann y de usted respecto a la onchocercosis?

—Todas las cuestiones de aplicación, Hoffmann las hace muy bien. El ha seguido trabajando

en eso de la onchocerca y va muy bien; pero su obra capital es el estudio de las mariposas mexicanas. Es un hombre eminente.

—Y un trabajador inagotable, con un entusiasmo siempre juvenil. Un sabio que no se sonríe, es una tragedia andante.

—Es una de las columnas más fuertes que tiene el Instituto de Biología. Le admiro y le quiero mucho. Cuando mi viaje a España le dejé encargado de la dirección.

—Ese viaje a España debe haber sido muy fecundo para usted. Sería bueno que escribiera una memoria, porque vale la pena. Cuénteme algo de Cajal. ¿Cómo le encontró?

—Cajal fue muy amable conmigo, no obstante que era un hombre muy arisco, y, además, no tenía buena voluntad para los extranjeros y no les tenía mucha simpatía, porque casi siempre iban a importunarle pidiéndole autógrafos. Era un hombre muy difícil, pero con una ternura humana maravillosa. Y yo tuve la fortuna de conocer antes en México a Tello, que fue su discípulo predilecto. Aquí nos hicimos muy buenos amigos. En este lugar trabajamos grandes horas, frente a este microscopio, y nos hicimos amigos para toda la vida.

—¿Qué ha sabido usted de Tello? ¿Estará en Madrid?

—No ha salido. Es ésta una de mis penas mayores. Pues sí, Tello, que es ahora el director del Instituto Cajal, ¿cómo iba a dejar abandonados en Madrid los tesoros que guarda el Instituto, si es capaz hasta de morir allí?

—Tello dejó aquí muchos recuerdos inolvidables. Es el tipo del sabio español, jovial, universal.

—Y me recibió en España con esa hospitalidad que es tan española. Era lógico que apenas llegara yo a Madrid le dijera que quería visitar a Cajal. Yo no sé qué le diría; pero poco después me anunció que había hablado con don Santiago y que fuéramos a verle. Y una tarde fuimos a su casa, a la calle de Atocha; era un día de invierno y nos encontramos con que Cajal no se había levantado aún, pues estaba delicado de salud: tenía el oído agobiado por la esclerosis senil, y, aunque parezca mal decirlo, eso fue para mí una ventaja, porque sólo él hablaba y yo me limité a escucharle. Recuerdo que me contó, de buenas a primeras, que le habían invitado a venir a México pero que ya estaba “tronchado” (es una palabra que usan mucho los españoles). Parece que le caí bien, porque me trató con gentileza extraordinaria y me invitó a volver a su casa para enseñarme algunas cosas. La segunda vez le encontré levantado; hacía buen sol; pero se sentía animadísimo, aunque flaqueaban sus piernas; y, en cambio, su cabeza erguida, era una maravilla, una cabeza levantada, muy noble, que daba realce a su ancianidad. Usted conoce la vida de Cajal y sabe muy bien que seguía trabajando a los 80 años.

—Para mí Cajal es uno de los españoles impares, una de las vidas paralelas, que todos debían conocer, así como la de Pawlow.

—Era un encanto tratarle. Yo tuve la suerte de que me enseñara sus libros, sus dibujos, sus preparaciones. A su edad todavía dibujaba, no obstante que en su mano había temblor; pero la sostenía con la izquierda. ¡Con qué perfección dibujaba! Más parecía que dibujaba con el cerebro y no con la mano. Tenía arreglada una especie de mesita, en la que podía ver y dibujar a la vez. Tenía estructuras interpretadas por él con una gran verdad. Me regaló su último libro: “Neuronismo o reticularismo”, en el que presentaba las pruebas objetivas de la unidad anatómica de las células nerviosas; y ésto era muy raro, porque no estaba dedicado a eso. Y luego me mostró sus preparaciones originales.

—¿Qué le preocupaba más en sus últimos días?

—Yo creo que su obra, la última que publicó, una obra maestra. Sus pocas páginas hacen de ella un libro de luz.

—Cajal fue uno de los grandes estilistas y pudo demostrar que el hombre de ciencia puede tener también pasión literaria.

—Este libro de don Ramón es el tesoro de mi biblioteca. Me trató con cierta intimidad y de allí resultó que su hija Fé me enseñara sus medallas y condecoraciones, diciéndome con ingenuidad: “¿Se figura usted a don Santiago con todo ésto si se lo pusiera?” Y luego Cajal me enseñó unas monedas de oro de México, en las que está el Calendario Azteca, y me las mostraba diciéndome: “Mire usted qué preciosas monedas, pero no son condecoraciones”, y lo repetía graciosamente. Parece que el Dr. Perrín se las había mandado y me hizo preguntas sobre el significado de las figuras que tenían, a lo que yo le respondí lo que pude, una explicación muy mala, pero, en fin, le hice notar que en las fi-

guras se representaban los meses y los años. Bajamos a su laboratorio, que lo tenía en los sótanos y hacía frío en aquel lugar; pero él me dijo que la calefacción no le hacía bien y que su única defensa contra el frío era abrigarse. Estuvimos en el laboratorio un buen rato y me sugirió que diera dos lecciones sobre la invención del corazón. Yo no llevaba preparaciones, ni había estudiado ese tema, pero con las preparaciones que él me facilitó me puse a estudiarlo de la manera más atenta y escribí la conferencia hasta donde pude. Después se la llevé y al leerla me decía, modestamente: "Según mi modo de pensar... esto sí... esto no". ¡Maravilloso don Ramón!

—¿Y ya no le vió usted después?

—Ya no le volví a ver. Poco después murió. Esos hombres deberían vivir mil años. Pero, después de todo, vale más que haya muerto, porque habría visto toda esta tragedia de España. Haber visto esos horrores, para un hombre tan espiritual, tan español.

—¿Ustedes no hablaron alguna vez de todo lo que podía suceder en España? Acaso él tenía temores...

—Algo entrevió. Un hombre tan profundo, tan inteligente ¿cómo no iba a presentir algo? Aunque no con la magnitud que ha tenido esta guerra,

—Quiere decir que conocía a su pueblo y que no todo lo veía solucionado con que la monarquía hubiese dejado de ser.

—Digo todo esto porque don Ramón me estuvo haciendo algunas revelaciones acerca de los campesinos de Andalucía y algo de lo que pasaba en Málaga; porque él conocía bien dichos lugares y hasta le gustaba pasar algunos inviernos en Málaga. El veía con un sentimiento extraordinario a los campesinos...

—Bien, pero es mejor que toda esa tragedia se haya desarrollado ya, porque algo grande está naciendo en España. Se acerca un español diferente, trabajado por el dolor, para vivir en una España más fuerte y más segura de sí misma. A pesar de quienes se han conjurado, para dominar a España, ésta triunfará.

—Realmente, pero es muy lamentable que se hayan perdido tantas vidas; es un dolor inmenso.

—Yo creo que los mejores historiadores serán los biólogos, como acabo de leer no sé dónde.

—Es que ya la Historia toma otros caminos y ya no es sólo la simple narración. En la actualidad ya no es eso lo que se busca, sino interpretar los fenómenos.

Al llegar a este punto, nuestra conversación deriva hacia las responsabilidades del intelectual frente al momento contemporáneo; y yo interrogo a Ochoterena:

—¿Qué fue de aquella Asociación para la Defensa de la Cultura, que se fundó aquí y de la que usted era presidente?

—No se llamaba así, sino Unión de Artistas y Escritores Revolucionarios. Era de tendencias políticas y yo no soy político. Mandé una carta diciendo que no podía seguir con ellos, pues hicieron mal en nombrarme presidente.

—No será usted político; pero el hombre de ciencia tiene que ayudar a defender los intereses de la cultura, cuando ésta es amenazada por los que se llaman "hombres fuertes".

—Pero, le repito, un biólogo no puede hacer política. Allí había personas muy estimables, y, no obstante, yo me sentía fuera de mi medio; yo no sirvo para eso.

—Pero a veces hay que abandonar las actividades acostumbradas, para luchar en otras, cuando la vida quiere transformarse.

—No quiero decir que el biólogo no pueda tener una orientación ideológica; pero no debe ser un hombre militante. Mi opinión es que le está vedado ese terreno.

—Hemos visto en el caso de España, a historiadores, sabios, poetas, jugándose la carta del Gobierno Republicano, y no puede negarse que éste cuenta con los elementos de gran significación, aun aquellos que están fuera, en actitud tibia. Ya se van convenciendo muchas gentes de que no se trata de comunismo si no de auténtica españolidad, de defender a España contra los que quieren hacer de ella una colonia.

—Pero entre esos que han jugado la carta, hay algunos que lo sienten, y otros la juegan porque se ven obligados a jugarla.

—Y otros no están ni con los unos ni con los otros. Lo cierto es que la lucha va para largo.

—Es algo terrible. Y un pueblo tan simpático, tan lleno de fe, sufriendo tanto, desangrándose.

—Pero todo eso será para bien. La sangre tiene también su misión. Esa es la biología de la Historia.

Hemos llegado casi al final de nuestra charla; pero no he querido despedirme del maestro Ocho-terena, sin antes preguntarle:

—¿Cómo van los trabajos del Instituto de Biología en la región del Mezquital? Ya vi el volumen que contiene las monografías que prepararon.

—Eso es todo lo que hicimos. Nuestro personal cuenta ahora, además de Hoffmann, con Rafael Martín del Campo, Eduardo Caballero, Amelia Sámano, Liborio Martínez, Leonida Vázquez y otros jóvenes estudiantes. He tratado de seleccionar un grupo de personas que se dediquen más tarde a verdaderas investigaciones. Ya siento la más grande preocupación por separarme de todos esos trabajos y dedicarme de lleno a mis estudios, en mi casa.

—Que venga pronto su "Histología".

—Tengo mucho ánimo para seguir trabajando.

—Y lo mejor es que tiene alegría aún.

Tal fue, al amparo de la gran sombra de Ramón y Cajal, mientras el medio día impaciente iba resbalando sobre los vidrios y las formas que el sabio sigue enriqueciendo, nuestra conversación inolvidable.

EN LA MUERTE

DE MARIANO SILVA Y ACEVES

La reciente desaparición del distinguido hombre de letras y profesor universitario Mariano Silva y Aceves, causó una pena profunda y sincera en el ambiente intelectual de México. UNIVERSIDAD, en homenaje a su memoria, reproduce estas palabras del profesor Jiménez Rueda, pronunciadas en representación de nuestra casa de estudios en el acto del sepelio.

Por JULIO JIMENEZ RUEDA

EN nombre de la Universidad cumplo con el triste deber de despedir a uno de los profesores más distinguidos de la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores, al Director de su Instituto de Investigaciones Lingüísticas, al amigo generoso y noble que siempre supo brindar su ingenio con desprendimiento de gran señor, que estuvo siempre pronto a ofrecer su ayuda en consejo, estímulo a quien lo había menester, colega, discípulo, amigo.

Grandes ingenios de todos los tiempos han puesto la amistad sobre todas las virtudes humanas. Cicerón y Montaigne; Bacon y Cervantes; Goethe y nuestro Juan Ruiz de Alarcón reputaban este natural impulso del hombre que lo lleva a compartir con sus semejantes dolores y alegrías, como uno de los frutos más sazonados de la vida, como uno de los dones más propicios de los dioses. Mariano Silva y Aceves, doctor en letras humanas, catador del buen vino donde quiera que se le brindaba gustarlo supo ser, antes que todo y sobre